

**Apuntes sobre las elecciones
presidenciales 2005/06 en América Latina.
Lecciones sobre el presidencialismo
e interrogantes sobre el giro político**
Isidoro Cheresky

Isidoro Cheresky es Profesor e Investigador de la Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. Uriburu 950, 6to piso oficina 13, (1114) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
e-mail: cheresky@fibertel.com.ar

Resumen

Las recientes elecciones nacionales y en particular presidenciales en América Latina revelan los cambios acaecidos en la vida institucional y política de la región. Puede decirse que su signo general ha sido favorable al reforzamiento de una ola de izquierda, reformista en algunos casos y de vocación refundacional en otros, pero que remiten ambas a expectativas variadas de cambio social. Su relación con el proceso de desinstitucionalización del sistema político que, con matices, suele señalarse como una tendencia general en la región, es ambivalente. Por una parte, las elecciones han resultado un recurso pacificador frente a las crisis políticas, pero como contrapartida debe destacarse que la misma puja electoral pone en escena un profundo proceso de metamorfosis de la representación política en el que la construcción de las identidades políticas se produce predominantemente en el espacio público y cada vez más como identidad ciudadana. Ya sea con el sustento de una tradición u organización social específica o sin ella, es la propia acción de los liderazgos en la lucha electoral por la diferenciación la que obliga a la renovación de las identidades y con frecuencia da lugar a la emergencia de nuevas candidaturas y agrupamientos políticos frente al debilitamiento de los partidos políticos tradicionales.

Summary

The recent national elections and in particular presidential ones in Latin American show the changes occurred in the region institutional and political life. It can be said that their general sign was favourable to the strengthening of a left shift, reformist in some cases and with a refundational vocation in others, but both bringing about varied expectatives of social change. Their relation with the deinstitutionalization of the political system which, with nuances, it is often described as a general tendency, is ambiguous. In one hand, the elections have turned out to be a pacifying resource facing the political crisis, but in the other hand it must be highlighted that the same electoral struggle sets in the scene a deep process of political representation metamorphosis in which political identities construction is produced mostly in the public space and more and more as citizen identity. With a tradition or social organization support or without it, is the own leadership action in the electoral struggle for differentiation the one that leads to identities renovation and frequently gives rise to the emergency of new candidacies and political groups, given the weakening of traditional political parties.

El análisis de las elecciones presidenciales 2005 y 2006 en la región y de las experiencias iniciales de los gobiernos emergentes, ofrece un gran interés para el estudio comparativo de los regímenes democráticos, en una época en que un gran signo de interrogación sobre sus mutaciones se suscita no sólo en América Latina sino más extensivamente en Occidente.

La diversidad de procesos en curso —culminación de la transición a la democracia en algunos casos, intentos refundacionales o incluso revolucionarios en otros— constituyen un desafío a cualquier tentativa de interpretación y nos advierte sobre los límites de las generalizaciones. Sin embargo, parece posible, y estas líneas son el inicio de un proyecto que va en esa dirección, reconocer ciertos principios comunes a las situaciones emergentes e incluso reconocer una clasificación de evoluciones.

El tema regional adquiere relieve no sólo porque el analista político puede reconocer la influencia de cada proceso nacional en los países vecinos, sino porque cobra vida una dimensión más activa de la globalización política. Así, junto a conflictos nacionales como el de las paperas entre Uruguay y Argentina, y el de la salida al mar de Bolivia con Perú y Chile, se han visto suceder las tensiones regionales en torno a la conformación y crisis del MERCOSUR y a la acción regional de Hugo Chávez en vistas a generar un polo de poder e influir en las políticas nacionales de varios países de la región.

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES¹

Las elecciones nacionales y en particular presidenciales que se han realizado últimamente (podemos remontarnos a la elección de Tabaré Vázquez el 28 de noviembre del 2004) y las que están en curso (que culminarían con las elecciones presidenciales en Venezuela en el próximo mes de diciembre 2006), han tenido una gran significación reveladora de los cambios acaecidos en la vida política institucional y de un profundo giro en el clima político. En este sentido el signo general ha sido favorable al reforzamiento de una ola de izquierda, reformista en algunos casos y de vocación refundacional en otros².

¹ El autor realizó una última revisión del texto en el mes de julio de 2006.

² Desde fines 1989 la Concertación de partidos por la democracia gobierna en Chile, en el 2002 Ignacio Lula Da Silva accedió al gobierno de Brasil y el 25 de mayo de 2003 N. Kirchner accedió a la presidencia en Argentina iniciando una acción de gobierno que se reclama de centro izquierda. En los últimos dos casos los nuevos mandatarios prometían una inflexión de las políticas neoliberales de los 90. Por su parte, Hugo Chávez accedió a la presidencia de Venezuela en 1998 iniciando un proceso de intenciones revolucionarias que tuvo un hito en la elaboración de la Constitución bolivariana aprobada en una consulta popular en diciembre de 1999.

En todo caso estos procesos electorales continúan por cierto los que se vienen desarrollando en particular desde los años ochenta, pero ilustran una mayor implantación del principio democrático (al menos en su expresión primera y elemental que es el voto como sustento del poder legítimo). La fuerza del voto puede ser considerada pertinentemente como la afirmación del principio de la voluntad ciudadana en detrimento de los poderes corporativos (de la corporación militar, sindical, de los negocios políticos, etc.) y se ha expandido en el período reciente. Esa ola que se ha visto favorecida por el debilitamiento de los canales tradicionales (incluidos los partidos políticos tradicionales), ya ha traído grandes novedades en muchos países: por primera vez en siglo y medio accede al poder en Uruguay un líder que no proviene de los partidos tradicionales; en Chile por primera vez una mujer accede por voto directo a la Presidencia y cuenta, gracias al paralelo proceso de democratización, de poder institucional suficiente; en Bolivia triunfa un candidato de vocación revolucionaria que se reclama de la tradición indígena, y lo logra con una votación mayoritaria y distribuida nacionalmente que atempera en lo inmediato los conflictos regionales que amenazaban la unidad nacional. En Brasil, México y Venezuela se aproximan contiendas muy significativas. En estas últimas dos está en juego como se ha dicho la consolidación de la democracia incipiente en un caso, y la posibilidad de una estabilización que preserve el pluralismo político y evite la evolución hacia una transformación social sobre la base de un régimen cesarista, en el otro. En los tres casos existe la posibilidad de triunfo de la izquierda en alguna de sus variantes, con la particularidad en el caso brasilero que parecen estar en pugna dos variantes del centro izquierda.

Las elecciones presidenciales ilustran y a la vez absorben en alguna medida la crisis de representación política que se ha extendido en las sociedades latinoamericanas. En torno a las elecciones se constituyen escenas políticas en que la lucha por la diferenciación obliga a la renovación de las identidades, y con frecuencia da lugar a la emergencia de nuevas candidaturas y agrupamientos políticos que pelean el debilitamiento de los partidos políticos tradicionales.

Debe notarse que es el perfeccionamiento del presidencialismo con la supresión de los colegios electorales (en Bolivia recientemente y ya hace años en Brasil—donde el reclamo de «direitas ja» acompañó la transición política en los ochenta— y en Argentina), ha permitido reforzar la autoridad política presidencial y hacer de las elecciones pugnas atractivas que reconfortan la autoridad política de los ganadores.

Las elecciones presidenciales pretenden poner en juego el poder y por ello concitan el interés y han reavivado la politización, en sociedades en donde cundía el escepticismo y la desesperanza por el estancamiento económico en algunos casos y más generalmente por el incremento de la pobreza, la exclusión y las desigualdades. Claro que la dramatización de las elecciones generales en condiciones de libertad política ha incrementado la incertidumbre. Sobre estos temas hay un debate latente y en parte pendiente entre los analistas políticos³.

Las elecciones han sido un recurso pacificador frente a las crisis políticas, permitiendo superar al menos transitoriamente fracturas que ignoraban la autoridad política y el orden público. La realización del referéndum revocatorio realizado en Venezuela el 15 de agosto de 2004 permitió recomponer la autoridad de Hugo Chávez⁴. En el mismo sentido las elecciones presidenciales en Bolivia, en diciembre del 2005, alejaron al país del enfrentamiento entre grupos sociales y regionales.

Sin tanta notoriedad, el gobierno por ínterin que se constituyó luego de la crisis de fines del 2001 en Argentina pudo consolidarse ante la protesta social cuando en junio de 2002 adelanta la fecha de las elecciones presidenciales y la entrega del mando a un sucesor con mayor legitimidad popular.

CRISIS DE LAS INSTITUCIONES REPRESENTATIVAS

La desinstitucionalización del sistema político varía en los diferentes contextos nacionales, pero parece ser una tendencia general. En particular los partidos políticos, si subsisten, están cada vez más a la merced de liderazgos personales y su suerte electoral parece depender más de la popularidad de los candidatos que de la tradicional labor partidaria a nivel microsociedad. Es incluso frecuente la constitución de fuerzas políticas *ad-hoc* que recurren en grados variables a recursos organizacionales preexistentes. La lista es larga: ha sido el caso del propio Chávez

³ No es la oportunidad de abundar en el tema, pero anoto que la experiencia en curso nos ofrece la posibilidad de reevaluar las virtudes y los límites del presidencialismo. Pero lo que me parece más en cuestión, en relación a las recetas institucionales en boga en los 80, es el ideal que en ese entonces tras la recomendación del parlamentarismo creo envolvía un ideal administrativista y antipolítico de la democracia.

⁴ Por cierto las elecciones legislativas de diciembre de 2005, en la que se postularon solamente candidatos oficialistas en un contexto de muy alta abstención y que dejó a la oposición sin presencia parlamentaria, acentúan los interrogantes sobre la evolución de la República Bolivariana y las expectativas sobre el desenvolvimiento de las próximas elecciones presidenciales.

y su Polo Patriótico construido sobre el derrumbe de los partidos tradicionales, como lo fue también en su momento la emergencia de Fujimori en Perú o lo es actualmente la etiqueta que presta el nombre para la candidatura de Ollanta Humala en Perú.

También se ha verificado la estabilización de partidos nuevos a partir de bases sociales en el sentido más tradicional. Es el caso del PT en Brasil, que por otra parte sufrió una larga evolución de partido contestatario a partido de gobierno. En Bolivia, el MAS también se construyó durante diez años como una fuerza de gobierno habiendo transitado por la experiencia de gobiernos locales.

Sea con el sustento de una tradición u organización social específica o sin ella, la construcción de las identidades políticas se produce predominantemente en el espacio público y cada vez más como identidad ciudadana. Los partidos clasistas o populares en la medida en que se afirman políticamente y gobiernan, lo hacen valiéndose de una identidad de pretensión universalista que pasa a segundo plano o vela los orígenes y el pasado.

Este registro de constitución pública de identidades se constata aun en los países donde persiste un sistema de partidos estructurado. En Chile en las elecciones presidenciales cuando el candidato de derecha Lavín vio su nivel de popularidad caer, contrariando las tradiciones de unidad surgió un competidor, Piñera, que pese a tener recursos organizacionales mucho más débiles pudo finalmente llevar la delantera ante su rival de derecha y disputar el *ballotage* con la candidata oficialista. La propia Michelle Bachelet emergió como una candidata de la ciudadanía, su popularidad le permitió imponerse como precandidata de la izquierda y ulteriormente provocar el retiro de su competidora en las internas del oficialismo, la demócrata cristiana Soledad Alvear. Por cierto, el alejamiento de los partidos que la sostenían apareció en su momento como una debilidad para Bachelet, quien debió acudir a ellos sobre todo para asegurarse el voto demócrata cristiano en la segunda vuelta.

La popularidad, el aparecer como un recurso de estabilización política, fue lo que permitió a Evo Morales obtener un apoyo electoral que fue mucho más lejos de lo que permitían prever sus recursos propios⁵.

El Presidente Kirchner, en 2003, en Argentina obtuvo una legitimación electoral precaria y un sustento parlamentario e institucional dudoso que compensó

⁵ La sorpresa que deparó Evo Morales al ganar por un amplio e imprevisible margen, fue resultado de un apoyo que se extendió a lo largo del territorio nacional, por supuesto no homogéneamente, pero con índices suficientemente significativos como para que no fuese considerado simplemente un líder cocalero o aun de su partido, el MAS.

con altos índices de popularidad, lo que dio lugar al menos durante los primeros años a un formato de «gobierno sustentado en la opinión pública»⁶.

Ya hemos mencionado precedentemente los más notorios casos de Chávez, Fujimori y Humala al que cabría agregar el de Gutiérrez en Ecuador que irrumpieron en la escena política por su actuación pública. Al tener un lugar de enunciación vehiculizado por los medios de comunicación lograron concitar una audiencia que en algunos casos cristalizó en un soporte más organizado y en otros no, pero que en todos los casos mencionados permitió revertir esa audiencia en apoyo electoral.

LIDERAZGOS DE POPULARIDAD Y PARTIDOS POLÍTICOS

Cabe detenerse en el análisis para ver la amplitud de la transformación en las relaciones políticas que podrían acreditar el concepto ya no de una circunstancial crisis de representación, sino de una verdadera mutación en la representación.

La desagregación de los partidos políticos que se ha mencionado aquí, que parece alcanzar en alguna medida a todos los países de la región, no implica la desaparición de las identidades y los aparatos políticos, pero estas ya no tienen la centralidad, la permanencia y la continuidad que tuvieron en el pasado. El conocido fenómeno de la centralidad que adquieren los liderazgos sustentados en la imagen pública de las personalidades, conllevando criterios de selección de los candidatos opuestos a los que regían en la vida política en la época en que se hacía carrera en los partidos para acceder a la función pública, es una ilustración de ese desplazamiento. Los líderes de popularidad pueden en el contacto «directo» con la ciudadanía, es decir generalmente a través de los medios de comunicación, constituir un lazo representativo al que se subordina la estructura partidaria cuya fisonomía por otra parte ha cambiado radicalmente respecto al pasado, pues está cada vez más compuesta de técnicos y funcionarios rentados en detrimento del militante que es cada vez más una figura del pasado.

⁶ En las elecciones presidenciales del 22 de abril de 2003 en la primera vuelta de las elecciones N. Kirchner obtuvo el segundo lugar con el 22.4 % de los votos, pero su rival el ex presidente Menem pese a ser triunfante, desistió de presentarse en la segunda vuelta temiendo el voto rechazo a su figura que terminaría infligiéndole según las predicciones una derrota espectacular. De modo que Kirchner fue consagrado presidente sobre la base de los resultados indicados. Pronto su espectacular acción de gobierno en relación a las corporaciones y en el ámbito de los derechos humanos, y ulteriormente la continuidad del crecimiento económico y la reestructuración muy ventajosa de la deuda externa le dieron un sostenido índice de popularidad que le permitió gobernar con gran libertad de acción, pese a que en sentido estricto sus recursos parlamentarios propios eran escasos pues ya entonces se vislumbraban las tensiones en el interior del peronismo.

Por supuesto la popularidad necesita de recursos organizacionales mínimos para controlar los procesos electorales y evidentemente es necesaria una fuerza política con mínimas lealtades para poder gobernar. Como se ha indicado, Bachelet debió volverse más partidaria para triunfar en la segunda vuelta y sumar al margen de votantes que se movilizan por lealtad partidaria (a la democracia cristiana en este caso), y Alan García ha hecho renacer al APRA dándole por cierto la impronta de lo que consideraba un perfil ganador en la contienda presidencial. Kirchner, en Argentina, ha creado una sigla propia –Frente para la Victoria– con la que ha emprendido variadas operaciones de recomposición política: selección de los individuos afines en la confección de las listas para diputados nacionales, captura de los peronistas que compitieron contra él en las elecciones pasadas, coaliciones con otros partidos en algunas provincias en particular con los radicales. Pero ha desistido de darle un carácter orgánico a la nueva fuerza política y por sobretodo se ha negado a reorganizar y presidir al peronismo, que se halla en la paradójica situación de ser una fuerza oficialista y de hallarse acéfala desde hace años.

Pero lo que posibilita, aunque también limita, la acción de nuevos líderes políticos es la expansión de un espacio público en el que se hace sentir la presencia de una ciudadanía crecientemente autónoma, es decir carente de identificaciones partidarias permanentes e incluso de pertenencias sociales tan constantes como en el pasado.

El comportamiento electoral es ilustrativo de esta ciudadanía autonomizada y que decide su voto en el transcurso de las campañas electorales. Los signos de esa autonomía son la fluctuación y la volatilidad del voto⁷. Todas las elecciones recientes han ilustrado en alguna medida la fluctuación del voto. Un caso extremo es el de las elecciones brasileras de 2002 en las que Lula obtuvo el 46,4% de los votos en la primera vuelta y el 61,3% en la segunda, en tanto que su partido, el PT tenía sólo 91 de los 513 diputados y 14 de los 81 senadores. Incluso con los partidos aliados que lo apoyaron en la segunda vuelta, Lula era inicialmente minoritario en ambas Cámaras (42,7% en diputados y 37 % en senadores). Pero aun más sorprende constar que la popularidad de Evo Morales (obtuvo la mayoría absoluta a nivel nacional y en el voto presidencial en 5 de los 9 departamentos) no se haya transferido a sus candidatos a prefectos, puesto que su partido sólo ganó en dos departamentos quedando los otros siete en manos de la oposi-

⁷ Por fluctuación me refiero al carácter cambiante del voto entre elecciones (diacrónica) y entre candidatos de diferentes pertenencias según los cargos que estén en disputa (sincrónica). La volatilidad indica la indecisión en el voto de un cierto número de electores hasta «último momento»

ción⁸. Las elecciones chilenas, en la primera vuelta ilustraron la fluctuación del voto según los cargos que estuviesen en disputa pero en un sentido contrario. La Concertación ganó las elecciones de diputados con el 51.7 % en tanto que la candidata presidencial obtenía sólo el 45.95 % y debió en consecuencia disputar el *ballotage*.

En las condiciones presentes cada vez más la incertidumbre domina las veladas electorales, puesto que los electorados cautivos disminuyen y la libertad política se acrecienta en consecuencia. El caso de México con las elecciones más competitivas de su historia es ilustrativo.

Esta nueva relación, en donde los lazos de representación han perdido el carácter permanente que era característico de los partidos de masa del siglo XX, potencia el espacio público. En éste operan como figuras centrales la audiencia de los medios de comunicación y las mediciones de actitudes que configuran la opinión pública, miden sus fluctuaciones y dan cuenta de la legitimidad de gobernantes y opositores.

Por cierto, como se ha indicado, la fuente de legitimidad que se ha afirmado en las democracias latinoamericanas tiene su sustento en los procesos electorales, pero a diferencia del pasado esta legitimidad está permanentemente en juego y los representantes se hallan sometidos al escrutinio público y eventualmente a la desautorización. Los estallidos que llevaron al desplazamiento de Fujimori, de la Rúa, Sánchez de Lozada, Mesa, Gutiérrez y algunos otros fueron resultado de expresiones de descontento ciudadano masivo que alejaron a esos gobernantes, una suerte de veto que obligó a reiniciar el juego, es decir a convocar a nuevas elecciones.

No se trata en la mayoría de los casos de la emergencia de proyectos alternativos al régimen democrático, por el contrario tras cada uno de los mencionados estallidos se ha producido un encarrilamiento institucional cuyo canal principal ha sido la convocatoria a elecciones.

Pero, la autonomía ciudadana y su presencia directa (desde el corte de rutas al asambleísmo) constituyen un dato permanente del formato político hacia el que parecen evolucionar nuestras sociedades. No se trata tan solo de la opinión pública omnipresente y de los estallidos esporádicos. Junto a la reproducción permanente de la legitimidad política que conlleva el riesgo del descrédito de los representantes con independencia de los plazos legales de sus mandatos, se han

⁸ En particular en los Departamentos de La Paz y Cochabamba donde Morales obtuvo su mayor votación fueron electos prefectos de la oposición.

visto emerger formas de presencia ciudadana directa, de una suerte de auto-representación que sin desconocer la representación institucional se expresa con independencia de ella. En ese sentido puede considerarse que el campo de la representación se ha ampliado dando lugar a la aparición de formas esporádicas.

Sin duda, un componente de la actual evolución política en los países de la región debe atribuirse a un déficit republicano, de elaboración de un marco legal y de costumbres. Pero también debe constatarse, si tenemos en cuenta la evolución de sociedades democráticas en otras latitudes, que el problema de la renovación institucional está a la orden del día y que uno de sus tópicos debería ser la renovación institucional que genere un marco institucional acorde con una presencia ciudadana inédita, incluyendo la flexibilidad en la duración de los mandatos característica de las formas semi presidencialistas de gobierno, así como mecanismos de consulta ciudadana y referéndum.

¿REFORMA O REVOLUCIÓN?

El contexto latinoamericano reciente habilita a preguntarse si el interrogante que parecía de actualidad en los 70 ha recobrado actualidad.

Desde hace unos años el clima público en nuestras sociedades ha virado significativamente. La desilusión con la prédica y la práctica neoliberal en unos casos y la conciencia de los límites de una mera política de mercado, han alentado los proyectos que se abocan a rever el modo de inserción en el mundo globalizado, a la reformulación del rol de un Estado activo y a la necesidad de políticas públicas que den consistencia a la ciudadanía social a imagen de la existente en democracias desarrolladas. El agravamiento de la pobreza por una parte y la extensión de una conciencia de derechos, que ha movilizado a poblaciones social o étnicamente descalificadas, han dado un carácter apremiante a los reclamos de cambios en la distribución del poder y de los bienes.

Debe anotarse que una característica decisiva de nuestro tiempo es el enraizamiento de los principios democráticos: la vocación a ensamblar principios igualitarios con libertad política y el respeto al menos al principio elemental del poder surgido de las urnas. Los proyectos de alternativa a la democracia institucional no tienen un predicamento significativo, pero la derivación en esa dirección, de algunas posiciones de izquierda radicalizada, no puede ser excluida.

De hecho la mencionada ola de izquierda en América Latina presenta dos rostros que tienden a ser incompatibles, como lo han ilustrado las recientes elec-

ciones peruanas. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que la evolución de las democracias latinoamericanas ha sido variada y puede distinguirse entre aquellos casos en que aún está culminando un proceso de transición a la democracia, con los otros en donde el ejercicio de derechos y libertades es pleno, aunque afrontan otros problemas que pueden desestabilizar el régimen político.

Podemos considerar que Chile y México están culminando un proceso de transición democrática⁹. Pero amén de esas sociedades marcadas por el pasado de regímenes autoritarios que dejaron reductos institucionales duraderos, otras sociedades de la región están todavía signadas por la dilucidación de los crímenes de derechos humanos y la confirmación de los referentes valorativos que sustentan al régimen democrático, como es notoriamente el caso de Argentina y quizás en menor medida Uruguay.

La evolución de la izquierda gobernante en América Latina es incierta y afronta grandes desafíos. Aquella que tiene vocación de reformas sociales y de reforzamiento y renovación democrática se identifica como centro izquierda. Este vocablo revela la ambigüedad de una corriente que procura diferenciarse de la izquierda a secas, connotada ésta por sus lazos con proyectos que quedaron definitivamente asociados a la aventura totalitaria y reacia a un reconocimiento pleno del valor de la democracia. Pero la centro izquierda permanece más tributaria de los rechazos o de la negatividad —expresa la tradición de lucha contra los regímenes autoritarios y el empeño en el reestablecimiento de la democracia y los derechos humanos, y buena parte de ella se inscribe en un intento de política reformistas de ruptura con el neoliberalismo predominante en los noventa—, que de una identidad de perfiles claramente definidos. Las variaciones de política entre Bachelet, Lula, Tabaré Vázquez, Kirchner y ahora Alan García son considerables.

El ejemplo de Chile quizás es paradigmático de los éxitos y límites de esa corriente. En ese país el éxito en el desarrollo económico fue acompañado por la significativa disminución de la pobreza y también como se ha visto por una mejora en la calidad de la democracia. Pero, en paralelo se han mantenido sino acentuado las desigualdades sociales. El principio de justicia social caro a los ideales socialistas aparece relegado ante meritorias políticas compensatorias, pero

⁹ En el caso de México en el año 2000 se produjo la alternancia política que dio fin a 66 años de hegemonía del PRI, y en ese entonces se inició un «proceso de deconstrucción» del régimen político, según la expresión de Silvia Gómez Tagle. La elección de M. Bachelet cristaliza también un giro en la evolución del régimen político chileno. El alejamiento de A. Pinochet de la comandancia del Ejército y de su influencia institucional es reciente, y la reforma institucional que suprimió los senadores institucionales (no electos por voto popular) data del 2005.

que finalmente aparecen como paliativos que no modifican los criterios distributivos básicos. Las otras experiencias de centro izquierda, aunque más recientes, han sido menos exitosas e incluso adolecen más notoriamente de la carencia de reformas sociales institucionales que superen el clientelismo y de reformas políticas que respondan apropiadamente a la crisis de representación.

En muchos aspectos los gobiernos de centro izquierda simplemente continúan las políticas de sus predecesores, limando la voluntad política esgrimida durante las campañas electorales y las etapas iniciales con el pragmatismo originado en las necesidades de gobernar.

En sociedades que despiertan y en poblaciones que salen del olvido la eventual inconsistencia de las políticas reformistas pueden favorecer las reacciones de protesta irredentistas en torno a líderes de vocación revolucionaria difusa.

Sin embargo, sería una simplificación apresurada reducir los gobiernos de Bolivia y Venezuela, que se reclaman de una intención revolucionaria o refundacional, a meros enunciadores demagógicos. Se han llevado a cabo grandes reformas y otras están en curso, que responden a aspiraciones mayoritarias de poblaciones con posibilidades de acceder a la ciudadanía. El interrogante respecto a esta corriente revolucionaria se refiere a su eventual estabilización e institucionalización. ¿Podrán constituirse comunidades políticas modernas en las que el ejercicio del poder sea resultado de la deliberación libre y del pronunciamiento cívico? El interrogante está abierto porque no puede ignorarse el peso de las tradiciones caudillistas que dejan a los movilizados en la condición de «masa», eventualmente adjudicataria de beneficios, ni de las tendencias al repliegue en comunidades identitarias adversarias por definición de la libertad política.

Registro bibliográfico

CHERESKY, ISIDORO

«Apuntes sobre las elecciones presidenciales 2005/06 en América Latina. Lecciones sobre el presidencialismo e interrogantes sobre el giro político», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XVI, Nº 31, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2006 (pp. 9-19).

Descriptorios · Describers

elecciones / partidos políticos / ciudadanía / representación política / espacio

elections / political parties / citizenship / political representation / space